

Sufro, luego existo

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Je souffre donc je suis. Portrait de la victime en héros*

En cubierta: © fotografía © Kozlik_Mozlik / iStock

© Éditions Grasset & Fasquelle, 2024

© De la traducción, María Belmonte

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Ediciones Siruela, S. A., 2026

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 979-13-88032-04-2

Depósito legal: M-26.954-2025

Impreso en Anzos

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Pascal Bruckner

SUFRO, LUEGO EXISTO

La víctima como héroe

Traducción del francés de
María Belmonte

 Siruela

Biblioteca de Ensayo 158 (Serie Mayor)

Índice

Prólogo: El Panteón invertido	13
Introducción: Tucídides y Jesucristo	15
Primera parte: Frente a la desgracia	23
Capítulo 1: «Un día todo estará bien, esa es nuestra esperanza»	25
Capítulo 2: La confusión de las contrariedades	43
Capítulo 3: El sufrimiento produce derechos	55
Capítulo 4: Las exageraciones del mártir	65
Segunda parte: Las competencias victimistas	85
Capítulo 5: Los ladrones de sufrimientos	87
Capítulo 6: Putin o el pequeño funcionario del crimen	111
Capítulo 7: ¿Hacia un «ginocidio» generalizado?	135
Capítulo 8: ¿Descolonizar a los descolonizadores?	165
Tercera parte: ¿Cómo vivir con nuestras heridas?	189
Capítulo 9: ¿De la barbarie como ocultación?	191
Capítulo 10: ¿Sanar el pasado?	211
Capítulo 11: El héroe, antítesis ambigua	233
Capítulo 12: ¿Así es como viven los hombres? (Louis Aragon)	245
Conclusión	265

Para Caroline Thompson, obviamente

*Para Patrice Champion,
en recuerdo de Belgrado y Cracovia*

Para Olivier Nora, que no ha flaqueado

«No te pregunto cuál es tu raza, tu nacionalidad o tu religión, solo quiero saber de qué sufres».

LOUIS PASTEUR

«El hombre es un aprendiz, el dolor es su maestro y nadie se conoce hasta haber sufrido».

ALFRED DE MUSSET, *Lorenzaccio*

Prólogo

El Panteón invertido

El 8 de diciembre de 2015, el Elíseo comunicó que el presidente François Hollande estaba considerando conceder la Legión de Honor a título póstumo a las ciento treinta víctimas de los atentados del 13 de noviembre en el Bataclan y en las calles adyacentes. El gran canciller expresó su desacuerdo. La Legión de Honor recompensa desde su creación (19 de mayo de 1802 por Napoleón Bonaparte) a los militares y civiles que han prestado servicios eminentes a la nación. Los ciento treinta inocentes abatidos por la barbarie yihadista, que tuvieron la desgracia de encontrarse en el momento y en el lugar inadecuado, merecían el homenaje de la nación, pero de una manera diferente.

En España se creó en 1999 una condecoración específica para las personas muertas en atentados terroristas. En Estados Unidos se levantó un monumento a los asesinados el 11 de septiembre. Pero la Legión de Honor no es una recompensa a la tragedia ni al duelo: se supone que premia el mérito. Una cosa es proclamar el homenaje del país a las víctimas, y otra, atribuirles una recompensa reservada a los actos heroicos. Como si se hubiera querido exorcizar la tragedia adjudicando condecoraciones republicanas a esos hombres y mujeres desafortunados. Para ser condecorado hay que haber combatido valientemente y no solo haber sido abatido al azar.

Finalmente, el Elíseo renunció a ese proyecto y el 12 de julio de 2016 creó la Medalla Nacional al Reconocimiento de las Víctimas del Terrorismo, quinta condecoración por importancia en el orden protocolario, por delante de la Me-

dalla de la Resistencia y la Cruz de Guerra. Pero esta decisión fue recibida con frialdad por ciertos segmentos de la opinión pública, así como por el Ejército. ¿El hecho de sufrir un ultraje o ser asesinado por individuos fanatizados era más relevante que homenajear a los combatientes? La nación incluía a todos sus hijos, pero hacía distinciones entre unos y otros. Los condecorados como víctimas del terrorismo son considerados como «víctimas civiles de guerra» desde 1990 y sus hijos pueden optar al tutelaje del Estado. Como un síntoma significativo de una confusión muy contemporánea que ya había suscitado un debate después de la Segunda Guerra Mundial entre miembros de la Resistencia y deportados, ¿la tortura infligida merece más reconocimiento que la hazaña realizada? ¿El desgraciado es más heroico que el valeroso?

Introducción

Tucídides y Jesucristo

En *La guerra del Peloponeso*, relato del conflicto que enfrentó a Atenas, Esparta y las ciudades griegas, el historiador ateniense Tucídides (460-395 a. C.) enuncia la ley siguiente: «La justicia solamente es tenida en cuenta en el razonamiento de los hombres si las fuerzas son iguales en ambas partes; en caso contrario, los fuertes ejercen su poder y los débiles deben cedérselo». Tal es la ley inmemorial: los poderosos reinan, los miserables doblan el espinazo. Fue la revelación cristiana, anunciada por el judaísmo, la que invirtió ese paradigma para gran disgusto de los paganos, espantados por la exaltación de un Dios que se deja crucificar como un esclavo para salvar a la humanidad. «¿Era propio de un Dios dejarse prender y ser tratado como un criminal? Menos adecuado aún era que fuera abandonado, traicionado por los suyos que lo seguían como a un mesías, como Hijo y enviado de Dios»,¹ exclama el filósofo romano Celso en el siglo II. Lo que era absurdo para un hombre de la Antigüedad, es que Jesús proclamase el mandamiento de amar a los enemigos y se diera preeminencia a los lisiados, a los pobres, a los desposeídos. Es un cambio antropológico radical que sitúa arriba lo que está abajo, lo innoble por encima de lo noble, y contra el cual Friedrich Nietzsche, gran adorador de la fuerza y de la aristocracia, no dejó de vituperar.

¹ Citado en Jean-François Braunstein, *La religion woke*, Grasset, 2022, p. 25 [La religión woke, La Esfera de los Libros, 2024].

Patria común

En el relato de la Pasión, Jesús comparte su sufrimiento con todos los humillados de la Tierra y les ofrece el consuelo de la cruz. Es el golpe de genio del cristianismo y su singularidad absoluta, el nuevo concordato propuesto al género humano: la invención de un hombre dios que tiene las debilidades del primero y la transcendencia del segundo. Los contemporáneos están estupefactos por esta secta oscura que ha triunfado entre la cohorte de fanáticos, zelotes y sanadores que poblaban Galilea en aquella época. El Hijo del Hombre no predica ni a los ricos ni a los justos, sino a los pecadores, las mujeres de mala vida, los ladrones, los desposeídos. Se hace humilde entre los humildes. Su intransigencia no es de este mundo y dinamita todas las instituciones, incluso las de las Iglesias. Con esa mezcla de dulzura y agresividad que caracteriza a los Evangelios, llama a la insurrección contra los poderosos que moldeará al conjunto del mundo occidental, incluidas las grandes doctrinas seculares de la modernidad. ¿Qué es la clase obrera en el marxismo sino el cuerpo de Cristo constituido en bloque revolucionario para transformar la historia e instaurar la sociedad perfecta? ¿Qué son las minorías en el «wokismo» sino un montón de efigies cristianas que hay que venerar de forma prioritaria? Lo que las legitima es su desgracia, sobre todo cuando esta desgracia se escribe en plural a través de la «interseccionalidad» (Kimberlé Crenshaw),² cruce de varias opresiones. El cristianismo invierte las jerarquías y da preeminencia a los vencidos sobre los abusones. El lenguaje del vencedor consiste en decir: tengo razón porque soy el más fuerte. El lenguaje de la víctima tiene el enunciado contrario: mi debilidad es mi arma y mi derecho. Hay en ella una transcendencia y casi una santidad: su herida es la mía, su situación me ordena acudir en su ayuda.

² Kimberlé Crenshaw (1959), jurista y militante, inventó el concepto de interseccionalidad en 1989.

Sabemos que esta cuasi divinidad del vulnerable constituye la prerrogativa de la civilización. Somos los herederos de esta revolución cristiana, para lo mejor y para lo peor. Es la que ha dado consistencia, durante los dos últimos milenios, y a menudo contra el parecer de las Iglesias, a los derechos de las mujeres, de los niños, de los explotados, de los esclavos, de los colonizados. Pero sobre esta invención planea una estrategia resultante: la postura de víctima que encontramos tanto a escala de Estados como de particulares. Parece más fuerte en los países ricos, entregados a los disfrutes materiales y estructuralmente insatisfechos con su suerte. Nuestro panteón no está compuesto más que de atribulados y desafortunados. Solo ellos son merecedores de nuestra simpatía y detectamos otros nuevos cada día. Es nuestra gran pasión democrática: incluso los privilegiados quieren jugar a los malditos. La libertad, la capacidad propia de cada uno de conducir su vida a su manera, es sobre todo el permiso concedido a todos de lamentarse sobre su suerte.

Respetar mi sufrimiento

La palabra «víctima» es polisémica: ser blanco de un robo o de una violación, de un accidente o de torturas no es lo mismo. Pero en este campo el ascenso a los extremos es rápido y favorece la confusión. Cada uno alinea su condición con la del más afectado. «Respete mi sufrimiento», piden los individuos. «Demuéstreme que usted sufre», exigen el Estado, los seguros, la opinión pública, los medios. ¿Qué hacer con los que no sufren ni demasiado ni demasiado poco, es decir, la mayoría? Tradicionalmente, el estatuto de víctima se obtenía del historiador o de la justicia: el primero describía la realidad de una masacre, los tribunales componían esta realidad y extraían las consecuencias. Era el largo periodo del reconocimiento, a menudo consagrado por los Estados

o los Gobiernos en las ceremonias oficiales. Pero en nuestros días, en una época de impaciencia amplificada por las redes sociales, hay un deseo de autocoronarse como mártir acelerando el proceso: veamos por ejemplo los «estudios del agravio»³ en Estados Unidos, esos departamentos universitarios que presentan reclamaciones de todo tipo de categorías —los obesos, las mujeres, las minorías, los *queer*, las lesbianas, los trans, etc.— y que se aplican ese título a modo de carta de presentación. Armenios, deportados, esclavos, colonizados, harkis, homosexuales han tenido que patear largo tiempo para ser reconocidos. Ya no tenemos el valor de esperar, queremos acceder de inmediato al título de censurados. ¿Qué es la victimización? Una identidad narrativa que nosotros nos atribuimos y que esperamos que los otros nos confirmen. Constituye una *patología del reconocimiento*, la voluntad de ser identificado sin tener que presentarse.

La intensa ensoñación heroica de los siglos XIX y XX ha sido reemplazada por la intensa ensoñación victimista del siglo XXI. Esta nace de tres alteraciones: la búsqueda frenética de la felicidad se convierte en obsesión frenética por la desgracia. El sufrimiento anexiona a su imperio territorios cada vez más extensos, incluyendo aquellos que no entraban en su jurisdicción. Por último, la promesa democrática, siempre frustrada, exacerba la insatisfacción e instala la queja en el centro del psiquismo contemporáneo. Se puede decir que la ideología victimista peca tres veces: desacredita el estoicismo espontáneo de cada uno frente al mal. Invierte las prioridades: con la excusa de proteger a los vulnerables, multiplica en cambio a las falsas víctimas, que eliminan a los auténticos damnificados. Y, por último, se convierte en

³ Peter Boghossian, James Lindsay y Helen Pluckrose forjaron este término en 2017-2018 para criticar lo que consideraban un empobrecimiento del trabajo académico en torno a la etnia, el género, la sexualidad y la obesidad.

coartada de asesinos, que se envuelven en esos hábitos para cometer sus fechorías.

La elección maldita

Antaño la víctima, hombre o mujer, era sacrificada, a través del fuego, la horca, el linchamiento, para recomponer una comunidad desgarrada. Era inmolada y a veces santificada. En nuestros días es a la inversa: se santifica primero y se inmolaba después. Después de 1945 y del Holocausto, la figura del judío fue elevada sobre un pedestal y luego derribada cuando se convirtió en la del israelita y fue acusado de todos los males: colonialismo, racismo, imperialismo. Lo que fue bendecido se convirtió en maldición: de ser modélico, el judío ha pasado a ser el rival que se quiere eliminar para ocupar su lugar.

A escala mundial, la competencia entre desgracias las obliga a gritar más fuerte para hacerse oír. A la fraternidad de los destituidos responde la cacofonía de los lamentadores que valorizan la figura del mártir y alimentan esas dos grandes pasiones que son la venganza y el resentimiento. Supremacistas blancos o negros, islamistas radicales, masculinistas amargados, neofeministas rabiosas, ecologistas furiosos, esclavófilos revanchistas, neootomanos vengativos, cada grupo se jacta de una gloria o de un desastre pasado para acusar a sus enemigos. ¿Cuántos imperios deshechos, Rusia, Turquía, Irán, China, se adornan con el atuendo del condenado para abandonarse sin freno a la arrogancia de la conquista? ¿Cuántos Estados independientes invocan a la antigua metrópolis colonial para seguir explotando a sus pueblos? La inclinación natural de todo perseguido, una vez llegado al poder, es metamorfosearse en perseguidor. *El victimismo es un belicismo*: cuanto más se compadece uno por su caso, más justificado se siente para castigar a quienes

se designa como enemigos. Las lágrimas están cargadas de rabia y animosidad.

La preocupación por los humillados, tal es la grandeza del humanismo. Mientras que su anverso es la victimización como chantaje al otro. Su estadio último es la desaparición de los auténticos desgraciados a favor de los parias de carnaval cuya única particularidad es poseer las redes y la notoriedad que les permiten imponerse. Se apoderan de la lengua de los oprimidos para usurpar una posición. Entran en una guerra de palabras, las toman como rehenes, las secuestran. De un extremo al otro de la escala social, cada uno esgrime su patente de maldición que lo eleva por encima de sus semejantes. Extraña figura la del miserable profesional que pulula por nuestros países y atraviesa todas las clases sociales. ¿Cómo distinguir entonces del resto a los falsificadores, a los tramposos?

Este ensayo se compone de tres partes: en la primera estudiamos cómo el mensaje de la Ilustración y la Revolución, el de un mundo mejor liberado del fatalismo y del fanatismo, desemboca en una sociedad del sollozo y de la fragilidad, es decir, de la renuncia. En la segunda, cómo el estatus de paria permite poseer potencialmente todos los derechos, sobre todo el de acusar y oprimir en nombre de su herida. En la última parte consideramos dos figuras, la del verdugo y la del héroe. El héroe y la víctima crean unanimidad, cada uno a su manera: el primero tranquiliza a las sociedades presas de la duda, la segunda refunda el contrato social a través de sus desgarros. Uno y otra tienen necesidad de un público que los aclame. Nos llenamos la cabeza de desgraciados y exaltamos a los valientes que nos reafirman en nuestra imagen. Pero nos llenamos también la cabeza, horrorizados y fascinados al mismo tiempo, con los monstruos que matan por sadismo o se disfrazan de mártires para perpetrar sus abominaciones.

¿Por qué es tan fecundo el terreno victimista? El sufrimiento se ha convertido paradójicamente, en el Occidente

hedonista, en una nueva sacralidad que fascina. Antaño era el destino común de la condición humana; ahora se trata de un pasaporte que se exhibe para impresionar a los contemporáneos. Te provee de una nueva identidad, te transforma en un ser excepcional que puede hacerse notar sin grandes esfuerzos en la escena pública. Ese es el mensaje de nuestra época: todos sois desheredados con derecho a llorar por vosotros. El sueño supremo sería convertirse en mártir sin haber sufrido otra desgracia que la de haber nacido un día.